

# AUTORITARISMO EN EL SURESTE ASIÁTICO: FACTORES INTERNOS Y CONTEXTO INTERNACIONAL

*Fernando Delage*

Universidad Loyola Andalucía

[fdelage@uloyola.es](mailto:fdelage@uloyola.es)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5597-8650>

## Introducción

La caída del Muro de Berlín y la implosión de la Unión Soviética condujeron a una notable expansión de la democracia hace tres décadas. Desde hace quince años, por el contrario, el mundo atraviesa un período de «recesión democrática». Según Freedom House, más países han retrocedido en libertad desde 2006 que los que la han ganado, invirtiéndose el patrón de los años posteriores al fin de la Guerra Fría.<sup>1</sup> La calidad de la democracia se ha deteriorado en Occidente (con Estados Unidos a la cabeza), regímenes que habían experimentado un cierto grado de liberalización lo han sustituido por un ciclo de regresión, y las autocracias se han fortalecido.<sup>2</sup> El sureste asiático no ha sido una excepción a esta tendencia global.<sup>3</sup> A pesar de las expectativas generadas por un proceso de modernización política que comenzó en 1986 en Filipinas y continuó en Tailandia, Camboya e Indonesia en la década siguiente, la democracia en el sureste asiático se ha estancado o, más bien, ha retrocedido.<sup>4</sup>

En Tailandia, los militares derrocaron al gobierno elegido democráticamente mediante un golpe de Estado en 2006, y de nuevo en 2014 (el decimosegundo desde que cayera la monarquía absoluta en 1932). Las elecciones de mar-

zo de 2019, celebradas bajo una Constitución reformada en 2017 para facilitar una representación más plural, no supusieron sin embargo un regreso a la democracia, sino que allanaron el camino a la continuidad autoritaria.<sup>5</sup> En Malasia, aunque la coalición Barisan Nasional (BN) perdió el poder por primera vez desde la independencia en 1957 en las elecciones de mayo de 2018, los partidos tradicionales retomaron el control del gobierno dos años más tarde, truncando las esperanzas de reforma. Malasia volvió a una fórmula de semiautoritarismo, a la que se ha sumado –en las elecciones de noviembre de 2022– el ascenso de las fuerzas islamistas.<sup>6</sup>

En Filipinas, en otros tiempos una de las democracias más dinámicas del sureste asiático, el presidente electo en 2016, Rodrigo Duterte, degradó los principios constitucionales mediante las ejecuciones extrajudiciales de su guerra contra la drogadicción (que ha causado miles de víctimas), la represión de los medios de comunicación, o la injerencia en el poder judicial.<sup>7</sup> Tras las elecciones de mayo de 2022, fue sucedido por el hijo del antiguo dictador, Ferdinand Marcos Jr.<sup>8</sup> En Myanmar, las fuerzas armadas abrieron a partir de 2010 un proceso de transición que condujo, en las elecciones

de noviembre de 2015, a la aplastante victoria de la Liga Nacional para la Democracia (LND) —partido liderado por la premio Nobel de la Paz Aung San Suu Ky—, y a la primera alternancia en el poder por un gobierno civil desde 1962. La LND revalidó su mayoría en las elecciones siguientes (noviembre de 2020), pero un golpe de Estado puso fin, en febrero de 2021, a esta breve experiencia democrática.<sup>9</sup>

Mientras tanto, Camboya se convirtió *de facto* en un Estado de partido único desde poco después de las elecciones de 1997; la transición de Singapur hacia un sistema pluralista nunca se ha producido, pese a ser uno de los países con renta per cápita más alta del mundo (el Partido de Acción Popular, PAP, gobierna desde 1959); Vietnam y Laos mantienen regímenes no competitivos como Estados comunistas; y Brunei sigue siendo una monarquía absoluta, sin partidos ni elecciones.

Sólo Indonesia, donde comenzó una transición democrática en 1999, y Timor-Leste, donde se celebraron elecciones al independizarse en 2002, han sostenido sistemas no autoritarios, aunque ambos se encuentran con dificultades para su arraigo. En el caso de Indonesia, cuarto país más poblado del planeta, ha aumentado la intolerancia religiosa y política, se producen con frecuencia ataques violentos contra minorías sociales y religiosas, las viejas fuerzas oligárquicas no han desaparecido, y tampoco los militares han perdido su tradicional influencia.<sup>10</sup>

La democracia ha tenido, pues, escasa fortuna en la región.<sup>11</sup> Aun celebrándose elecciones en al menos la mitad de los Estados mencionados, una «consolidación democrática» está lejos de lograrse.<sup>12</sup> Es lo contrario de lo que ocurrió en los Estados vecinos del noreste asiático, Corea del Sur y Taiwán, que comenzaron sus transiciones políticas en la misma época. ¿Por qué no ha sucedido lo mismo en el sureste asiático? ¿Cuáles son las razones de esa aparente resistencia a la democratización?

Ningún factor puede explicar por sí solo la evolución política de un Estado o de una determinada región; menos aún si cabe en el sureste asiático, una de las áreas geográficas más diversas del planeta. Esos factores son múltiples, y una amplia literatura académica ha tratado de identificarlos, prestando especial atención a las variables internas, como la debilidad de las instituciones, las desigualdades sociales, los conflictos étnicos y religiosos, o la falta de consenso sobre la identidad nacional.<sup>13</sup> No es el propósito de este trabajo volver sobre las conclusiones de dicha literatura.<sup>14</sup> Nuestra intención es la de añadir otra perspectiva, mediante el examen de la interacción entre los cambios políticos producidos desde la independencia de estos Estados y la evolución del contexto internacional, al considerar como hipótesis que este último es una variable también relevante para explicar la persistencia del autoritarismo. Aunque cada Estado tiene su propia dinámica interna, nos interesa explorar si y de qué manera las fuerzas externas han influido en el desarrollo político de la región en su conjunto.<sup>15</sup>

Los sistemas políticos del sureste asiático son el resultado del legado colonial, de movimientos nacionalistas, de procesos revolucionarios y de culturas y religiones enraizadas en su pasado. Pero se trata de países que también han estado sujetos a una notable influencia externa. La primera etapa del proceso de construcción estatal no pudo separarse del escenario geopolítico de la Guerra Fría. Décadas más tarde, la quiebra de la Unión Soviética y el fin del bipolarismo proporcionaron el contexto que creó un impulso a favor de la democratización. La reversión democrática de los últimos años se está produciendo, a su vez, en un panorama internacional transformado por el ascenso de China (el gigante contiguo a la región) y por la rivalidad estratégica que esta última mantiene con Estados Unidos, aliado o socio de varios de los Estados miembros de la ASEAN.

Además de subrayar la importancia de los factores internacionales para el análisis de la trayectoria política de la región, este artículo aspira asimismo a destacar la relevancia de una región que no ha recibido la atención debida entre los especialistas en estudios comparados. Con más de 650 millones de habitantes, el sureste asiático tiene una población mayor que la de la Unión Europea, y similar a la de América Latina. Es un espacio clave en la reconfiguración geopolítica en curso del sistema internacional, a la vez que se estima que, como bloque (en 2015 se lanzó formalmente la Comunidad de la ASEAN), será la cuarta mayor economía del mundo a mediados de siglo, tras China, India y Estados Unidos, y por delante de la UE y Japón.<sup>16</sup> Se espera igualmente que la clase media de la región aumente de 135 millones en 2020 a 334 millones (más del doble) en 2030.<sup>17</sup>

Teniendo en cuenta el crecimiento económico y el desarrollo social que ha experimentado durante las últimas décadas, la experiencia de la región es asimismo de interés para identificar las dificultades de los Estados postcoloniales para sustituir regímenes autoritarios por sistemas competitivos, así como un indicador de la dirección global de la democracia. La regresión del pluralismo en países de ingresos medios, como Tailandia o Malasia, no transmite la mejor señal sobre el futuro de la democracia en el mundo emergente.

El artículo se organiza del siguiente modo. Tras esta introducción, se analizan las características compartidas por los nuevos Estados al acceder a la independencia. Las secciones posteriores examinan, sucesivamente, el período de Guerra Fría, la ola democrática que comenzó a mediados de la década de los ochenta, y el retroceso que se ha producido desde la primera década del siglo XXI. El último apartado recogerá las principales conclusiones.

## Descolonización y construcción del Estado en el sureste asiático

Con la única excepción de Tailandia, los Estados contemporáneos del sureste asiático surgieron durante el período de descolonización posterior a la Segunda Guerra Mundial. Aunque tienen su origen en comunidades políticas e identidades nacionales preexistentes, fue el colonialismo occidental el que determinó en gran medida su formación. Pese a la diversidad de la región, este hecho explica, como han escrito Dressel y Wesley, que «[al] construir sus Estados, las elites postcoloniales asiáticas afrontaban unos desafíos notablemente similares y adoptaron decisiones notablemente similares, que pusieron en marcha dinámicas políticas similares».<sup>18</sup>

Una primera característica común es que la mayor parte de las fronteras nacionales fueron el resultado no de una unidad etnolingüística previa, sino de las demarcaciones trazadas por las potencias coloniales. Estas últimas dividieron el sureste asiático en unidades políticas «homogéneas», sin tener en cuenta las diferencias internas que podían existir en dichos territorios.<sup>19</sup> En algunos casos, los nuevos Estados lograron desarrollar una identidad nacional relativamente coherente (Camboya, Vietnam o Singapur), pero en otros (Myanmar, Indonesia, Malasia o Filipinas), la identidad de la nación es una cuestión que sigue sin estar del todo resuelta.

El segundo elemento compartido es que la mayoría de los nuevos Estados lograron la independencia bien a través de un conflicto militar (Birmania,<sup>20</sup> Indonesia, Vietnam, Laos, Camboya, Timor-Leste),<sup>21</sup> bien con una participación relevante de las fuerzas armadas (Tailandia, Filipinas), por lo que el ejército fue desde entonces una institución determinante de la orientación política de dichos Estados (con las excepciones de Malasia, Singapur y Brunei).<sup>22</sup> Las fuer-

zas armadas asumieron como misión central la protección del Estado frente a las amenazas internas y externas, lo que condujo a estructuras políticas jerárquicas.<sup>23</sup>

Una tercera característica que estos Estados tenían en común era el desequilibrio existente entre las aspiraciones propias de la postindependencia y sus capacidades. Los imperios coloniales dejaron una estructura administrativa mínima, sin los medios para recaudar impuestos, proporcionar servicios públicos, resolver conflictos, o romper la dependencia comercial de las antiguas metrópolis. La brecha entre las expectativas postcoloniales y la ausencia de recursos para satisfacerlas produjo inevitablemente tensiones políticas.

A medida que las colonias del sureste asiático se independizaron, varios de los nuevos Estados quedaron en manos de gobiernos autoritarios (como Vietnam o Laos), mientras que otros siguieron el proceso de incipiente democratización en el que confiaban, pues la lucha anticolonial también había incluido la demanda de representación política.<sup>24</sup> En Indonesia, donde Sukarno estableció un sistema presidencial con características parlamentarias, las primeras elecciones se convocaron en 1955. Birmania adoptó su primera Constitución en 1947, y celebró elecciones legislativas en 1951 y en 1956. También Malasia y Singapur celebraron elecciones competitivas y libres en esta época.

Pero los desafíos que afrontaba esta primera generación de líderes pronto amenazaron la supervivencia de los recién creados Estados. Cabe mencionar, entre ellos, la rebelión Huk en Filipinas (1946-1954), la «emergencia» en Malasia (1948-1960), los disturbios raciales de 1964 en Singapur, o la represión anticomunista en Indonesia (1965-1966). Los dirigentes políticos de la región debían gestionar simultáneamente tres tareas de primer orden: proporcionar un sentimiento de unidad a una población religio-

sa, étnica y lingüísticamente diversa; garantizar un sistema de gobierno estable tras períodos de guerras civiles e insurgencias, en un contexto caracterizado por instituciones políticas débiles; y luchar contra la pobreza, sentando las bases para un desarrollo económico autónomo. Las respuestas a ese triple imperativo fueron similares: los gobiernos se hicieron más autoritarios.<sup>25</sup>

Las divisiones internas no se habían superado por haber obtenido la independencia. Como ha resumido Osborne, «[existía] un choque entre aquellos en el centro que creían que la integridad del Estado requería un gobierno central fuerte, y aquellos ‘outsiders’ que no compartían los intereses, la religión o la identidad de quienes detentaban el poder en el centro».<sup>26</sup> Las prioridades de los gobernantes tenían poco que ver en consecuencia con los patrones de las democracias occidentales: si el mantenimiento del orden social y el control del poder político era determinante, una democracia multipartidista era considerada como fuente de inestabilidad o como justificación para una intervención externa. Aquellos Estados postcoloniales que parecían encaminarse hacia un sistema democrático, como Birmania o Indonesia, cayeron pronto en un conflicto civil, o sus gobiernos pasaron a manos de los militares.

Dos años después de las elecciones legislativas de 1955, frustrado por el bloqueo político y las divisiones internas, Sukarno declaró que lo que Indonesia necesitaba no era una «democracia liberal» de estilo occidental, sino una «Democracia Guiada». Con el respaldo de las fuerzas armadas, declaró la ley marcial en marzo de 1957, abriendo un periodo de cuatro décadas de autoritarismo que sólo terminó cuando el segundo presidente del país, el general Suharto —responsable a su vez del establecimiento del «Nuevo Orden» en 1965 tras la masacre de los comunistas— se vio obligado a renunciar en 1998. En Birmania, casi desde el

momento mismo de la independencia, estalló una guerra civil contra distintos grupos étnicos y movimientos insurgentes comunistas. El fracaso del gobierno democrático para proporcionar estabilidad a la nación condujo a la toma del poder por el general Ne Win en 1962. En Filipinas, el presidente Ferdinand Marcos, en el cargo desde 1965, declaró la ley marcial en 1972, citando como motivación los disturbios sociales y la amenaza del comunismo. Fue también en este periodo cuando surgieron los sistemas de partido dominante en Malasia y Singapur, en respuesta a la violencia interétnica de la década de los sesenta. Tailandia mantuvo su monarquía constitucional, pero el gobierno estuvo básicamente en manos del ejército.

El problema político estructural de la región derivaba de unos Estados que no controlaban sus territorios, y de unas sociedades divididas y enfrentadas sobre quién pertenecía y quién no a las mismas; realidades ambas heredadas de la era colonial. El imperativo de la estabilidad interna sirvió pues para justificar el dominio de los militares o el gobierno de un solo partido. Y, de la misma manera, fueron el ejército (en Indonesia y Birmania), o el partido gobernante (la Organización Nacional Malaya Unida en Malasia, el Partido de Acción Popular en Singapur, o el Partido Comunista en Vietnam), quienes impulsieron la identidad «oficial» de sus Estados.<sup>27</sup> Todos ellos harían hincapié en que su permanencia en el poder era necesaria para el interés nacional, e indispensable para mantener unido al Estado y promover el desarrollo económico.

Hubo, no obstante, un relevante factor adicional que condicionó las opciones políticas en este período posterior a la independencia: la Guerra Fría. Además de los riesgos internos de inestabilidad, los gobiernos del sureste asiático también afrontaban amenazas externas, en un entorno en el que China exportaba la revolución maoísta, la guerra de Vietnam estaba en su apogeo, y la prioridad de Estados Unidos con-

sistía en asegurarse aliados asiáticos en la lucha contra el comunismo, no en presionar a favor de la democratización.

### La Guerra Fría

La dinámica de la Guerra Fría situó al sureste asiático en el centro de la disputa entre dos ideologías políticas: democracia y libre mercado contra comunismo. La confrontación bipolar contribuyó a sostener y amplificar los conflictos políticos que tenían su origen en los movimientos antiimperialistas de la región, e influyó de manera decisiva en el proceso de construcción de los nuevos Estados.<sup>28</sup>

Aunque las fuerzas comunistas trataron de hacerse con el poder en casi todos los Estados del sureste asiático, sólo tuvieron éxito en Indochina. Con el apoyo de China, los partidos comunistas de Vietnam, Laos y Camboya pasaron a controlar sus respectivos gobiernos; control que, en los dos primeros casos, han mantenido desde entonces (en Camboya, los comunistas cambiaron su denominación por la de Partido Popular de Camboya, organización que igualmente ha estado en el poder durante décadas). Indonesia, Tailandia, Malasia, Singapur, Birmania y Filipinas tuvieron que enfrentarse por su parte a guerrillas y grupos insurgentes comunistas, entrenados y financiados por Pekín, y gestionar el problema de las minorías chinas en su territorio cuya lealtad reclamaba la recién fundada República Popular.<sup>29</sup> La inquietud compartida por su respectiva seguridad nacional y por la estabilidad de la región condujo a los Estados no comunistas a solicitar la ayuda militar y económica de Estados Unidos.

Washington no necesitaba en realidad una petición formal. La rivalidad con la Unión Soviética, la victoria de Mao Tse-tung en la guerra civil china en 1949, los avances del Viet Minh en Indochina y el estallido de la guerra de Corea en 1950, no dejaron a Estados Unidos más opción que la de involucrarse. Filipinas se convir-

tió en un aliado formal en 1951, y Tailandia en 1954. Este último año, el presidente Dwight Eisenhower ofrecería su corolario de la doctrina de contención de la Guerra Fría: la «teoría del dominó». «Un dominó», dijo, podría caer como resultado de la agresión externa (fue el caso de Corea) o de la subversión interna (como estaba sucediendo en Indochina), «pero también podría ocurrir si los nuevos Estados independientes decidieran inclinarse hacia la Unión Soviética o hacia China».<sup>30</sup> Desde la perspectiva de Eisenhower, el comunismo en el sureste asiático no era sólo una amenaza para los Estados locales, sino que comprometía al mismo tiempo la posición de sus aliados en el noreste de Asia: Japón, Corea y Taiwán.

Las políticas anticomunistas y la intervención norteamericana se tradujeron en gobiernos autoritarios, dominados en muchos casos por las fuerzas armadas. Se crearon estructuras políticas represivas que redujeron todo espacio posible para el pluralismo. Estados Unidos apoyó a líderes como Ngo Dinh Diem en Vietnam del Sur, Suharto en Indonesia, o Marcos en Filipinas, dirigiendo todos ellos que asentaron sus regímenes en términos del conflicto con el comunismo.<sup>31</sup>

La situación apenas cambió durante la década de los setenta. Vietnam y Laos permanecieron controlados por los partidos comunistas. En Camboya, el régimen de Pol Pot se embarcó en una estrategia de terror que sólo terminó cuando Vietnam invadió el país en 1979 e instaló un régimen clientelar. Los militares continuaron dominando los sistemas políticos de Indonesia y Birmania. En Singapur y Malasia, sin que se interrumpieran las convocatorias electorales, sus gobiernos actuaron enérgicamente contra los grupos de oposición. Tras breves experimentos con la democracia en Filipinas y Tailandia, también estos dos países recayeron en el autoritarismo.

Filipinas tenía la distinción de ser la democracia más antigua de Asia desde que Estados Unidos le concedió la independencia en 1946. Pero después de casi 40 años de fragilidad institucional («cacique democracy», la calificó Benedict Anderson),<sup>32</sup> el presidente Marcos declaró la ley marcial en septiembre de 1972. Fue una medida, declaró, necesaria para preservar la democracia y evitar una revolución liderada por los comunistas, pero en realidad se encontraba cerca del final de su segundo mandato como presidente y la Constitución le prohibía concurrir por tercera vez. En cuanto a Tailandia, el país comenzó su primer intento de transición democrática en 1973, después de unas multitudinarias protestas públicas que condujeron a la caída del primer ministro Thanom Kittikachorn. Los intentos de democratización fracasaron, sin embargo, cuando el gobierno civil fue derrocado por los militares en 1976.

De este modo, como ha resumido Slater, la Guerra Fría «no produjo en el sureste asiático el efecto dominó de sucesivos colapsos del capitalismo frente al comunismo que Estados Unidos había temido. Lo que sí contribuyó a producir, por el contrario, fue un efecto dominó de colapso de la democracia a favor del autoritarismo en toda la región».<sup>33</sup> Aunque Estados Unidos había declarado que la democracia era su objetivo, su apoyo se extendió principalmente a aliados autoritarios pero anticomunistas. Otros hechos posteriores como la retirada de Estados Unidos de Indochina en 1975 y la invasión vietnamita de Camboya en 1979 socavarían aún más la democracia en el sureste asiático. Ante el temor a una renovada subversión comunista, los regímenes prooccidentales fortalecieron sus medidas de seguridad interna a expensas de la apertura política.<sup>34</sup> Al comenzar la década de los ochenta, la totalidad de la región se encontraba en manos de gobiernos autoritarios.

## Democracias de la Tercera Ola

Pese a la permanencia del autoritarismo, en este periodo se iban a producir importantes cambios políticos y económicos. Por una parte, la amenaza representada por China y por los Estados comunistas de Indochina, utilizada durante décadas como justificación para restringir el espacio político, disminuyó una vez que Deng Xiaoping abandonó la diplomacia revolucionaria de Mao tras la muerte de este último. La retórica de la seguridad nacional perdió así un considerable peso como instrumento de legitimidad autoritaria.<sup>35</sup> La democratización de los vecinos del noreste asiático que habían compartido circunstancias similares, Taiwán y Corea del Sur, haría aún más difícil para los autócratas de la región motivar sus políticas represivas en la causa anticomunista.

Por otro lado, a partir de esta época se experimentó un notable progreso económico. Aun manteniendo un férreo control político, distintos líderes (Lee Kuan Yew en Singapur, Mahathir Mohamed en Malasia, Suharto en Indonesia o los generales tailandeses), optaron por una estrategia de desarrollo económico orientada al exterior que condujo a unas tasas de crecimiento sin precedente.<sup>36</sup> Unas economías sostenidas tradicionalmente por la agricultura se transformaron hacia la industria y los servicios, con una estructura cada vez más internacionalizada, causando a la vez la expansión de una clase media que exigía reformas sociales y políticas.<sup>37</sup>

Así se puso de manifiesto en Filipinas, donde las manifestaciones en Manila contra el dictador Marcos en febrero de 1986 (conocidas como la «People Power Revolution»), terminaron forzando su renuncia tras intentar manipular los resultados de las elecciones presidenciales. La movilización popular filipina inspiró a otras sociedades vecinas, aunque con resultados desiguales.

En septiembre de 1992, Tailandia celebró elecciones generales y restableció la democracia después de que las protestas ciudadanas (y la intervención del Rey) hicieran caer al gobierno respaldado por los militares. Una nueva Constitución aprobada en 1997 estableció instituciones independientes y facilitó la competición entre los partidos políticos. Freedom House reconoció a Tailandia aquel año como un país «libre». En Camboya, el Acuerdo de Paz de París de 1991 y la presencia de las fuerzas de la ONU (UNTAC) abrieron el camino a unas elecciones competitivas en 1993.<sup>38</sup> En Indonesia, después de que la crisis financiera asiática acabara con la dictadura de Suharto, presidente durante tres décadas, se convocaron elecciones legislativas en 1999 y el país se convirtió en la tercera mayor democracia del mundo, tras India y Estados Unidos. Por último, en 2002, Timor-Leste se convirtió en un Estado soberano después de que la misión de las Naciones Unidas (UNTAET) organizara las primeras elecciones constituyentes.

Otros Estados mantuvieron, sin embargo, sus estructuras autoritarias. En Birmania, el ejército reprimió brutalmente las protestas a favor de la democracia (el denominado «Levantamiento 8888») en agosto-septiembre de 1988. Vietnam puso en marcha un proceso de reformas económicas desde mediados de los años ochenta, sin que se avanzara lo más mínimo en la esfera política. Singapur siguió siendo un Estado de partido hegemónico, mientras que las manifestaciones lideradas en Malasia por el exviceprimer ministro Anwar Ibrahim tras su destitución en 1998 (el movimiento fue conocido como «Reformasi») fueron contenidas por el gobierno.

Pese a estos ejemplos de resistencia autoritaria, parecía para no pocos analistas que, más de una década después de los cambios políticos experimentados en el sur de Europa, lo que Samuel Huntington llamó la «tercera ola»

de democratización había llegado al sureste asiático.<sup>39</sup> La dilución de la amenaza comunista y las nuevas expectativas sociales generadas por el crecimiento económico fueron dos factores relevantes que impulsaron este proceso de transformación política. Pero otra variable no menor fue la existencia de un entorno internacional favorable, y en particular el compromiso de Estados Unidos con el cambio democrático. Desde el Departamento de Estado, dirigido en aquella época por George Shultz, se había promovido la idea de que la democracia en las naciones en desarrollo sería el mejor antídoto contra el comunismo, y las convertiría, además, en mejores socios de Washington. El punto de inflexión se produjo en 1986: una vez que la administración Reagan retiró su apoyo al presidente filipino Ferdinand Marcos, su gobierno cayó y el país comenzó la transición a la democracia.<sup>40</sup>

Una vez concluida la Guerra Fría, la administración Clinton decidió fortalecer aún más la promoción de la democracia como uno de los pilares de la política exterior de Estados Unidos. La Estrategia de Seguridad Nacional de 1999 señalaba: «todos los intereses estratégicos de Estados Unidos, desde el impulso de la prosperidad en el país hasta el control de las amenazas globales provenientes del exterior antes de que amenacen nuestro territorio, se verán mejor atendidos mediante la ampliación de la comunidad de naciones democráticas y de libre mercado».<sup>41</sup> Aunque hubo excepciones en otras partes del mundo, es cierto que Washington propició el cambio político en el sureste asiático en la década de los noventa: denunció y criticó públicamente las prácticas de líderes autoritarios, como Mahathir Mohamed de Malasia; incrementó los recursos destinados a los programas de promoción de la democracia; impuso sanciones a Myanmar e Indonesia por haber cometido graves abusos contra los derechos humanos; y condicionó la concesión

de ayuda al desarrollo a Camboya y Vietnam a la certificación de mejoras en materia de derechos y libertades políticas.<sup>42</sup>

La presión externa en este periodo fue así determinante de que los líderes políticos de la región permitieran un mayor grado de pluralismo y de competición electoral. Como ha escrito Diamond:

Las nuevas democracias sabían que los generosos flujos de ayuda, de inversiones y de apoyo diplomático de Occidente dependían en parte de que se respetasen las normas democráticas: elecciones libres, límites de mandato presidencial, autonomía judicial, y espacio para medios de comunicación independientes y organizaciones de la sociedad civil. Las no democracias sabían que les iría mejor con Occidente si al menos hacían un gesto hacia estos valores democráticos y restringían sus tendencias autoritarias.<sup>43</sup>

La primacía militar y económica de Estados Unidos tras la desaparición de la Unión Soviética, y los esfuerzos sin precedente para extender la democracia en el mundo, aumentaron, en efecto, el coste del autoritarismo durante los años noventa.<sup>44</sup> Igualmente se confió en que la crisis financiera asiática de 1997-1998 ayudara a la causa del pluralismo, pues se acusó a los regímenes autoritarios de ser responsables de la crisis y de una gestión menos eficaz que la demostrada por los gobiernos democráticos.<sup>45</sup>

La crisis golpeó en particular a Indonesia, donde las protestas de la población obligaron a Suharto a renunciar en mayo de 1998, como ya se mencionó. (Su renuncia también abrió el camino a la independencia de Timor-Leste). En sistemas semidemocráticos como Malasia o Singapur surgieron nuevos partidos en la oposición, que terminarían obteniendo representación en el Parlamento. Pero como se haría evidente no mucho después, el impulso a favor de la democracia no iba a resultar sostenible.

### Retroceso democrático

El primer ejemplo grave de retroceso democrático se produjo en Tailandia. A pesar de la elección en 2001 del populista Thaksin Shinawatra como primer ministro, se creía que el país avanzaba hacia su consolidación pluralista desde los cambios realizados en 1992. Sin embargo, el ejército dio un golpe de Estado en septiembre de 2006. El regreso a un gobierno elegido en las urnas un año más tarde, formado por las mismas fuerzas políticas que habían depuesto los militares, no sirvió para superar las divisiones en una sociedad cada vez más polarizada. Tras sucesivas protestas y enfrentamientos, las fuerzas armadas lanzaron un nuevo golpe de Estado y declararon la ley marcial en mayo de 2014. Cinco años más tarde, en marzo de 2019, volvieron a celebrarse elecciones, pero el gobierno continúa controlado por los generales.

La regresión de Malasia ha sido menos violenta, pero no por ello menos significativa. La alianza opositora estuvo cerca de conseguir la mayoría en el Parlamento en 2008, y la logró de hecho en las elecciones siguientes en 2013, pero el gobierno se mantuvo en el poder a través de la intimidación, el fraude electoral y la manipulación de las circunscripciones. Adoptó asimismo medidas legislativas para reducir el espacio a la oposición y asegurar los privilegios de los malayos frente a indios y chinos (dos comunidades que, juntas, suman alrededor de un tercio de la población). Aun así, como se indicó en la introducción, la coalición gobernante desde la independencia perdió el poder en las elecciones de 2018. Volvió a recuperarlo, no obstante, dos años después. Aunque no consiguió buenos resultados en los comicios de 2022, el ascenso del Partido Islámico de Malasia (PAS), grupo con mayor representación individual en el Parlamento, complica aún más las posibilidades de reforma.

Tailandia y Malasia han sido los países que de manera más destacada han retrocedido políticamente, pero no los únicos. Camboya, como ya se mencionó, regresó bajo el liderazgo de Hun Sen a lo que había sido antes de las elecciones de 1993: un Estado autoritario y de partido único. Myanmar, que para sorpresa de los observadores comenzó una transición democrática a partir de 2011, también replegó a medida que avanzaba la década. Aunque compartieron el poder con el gobierno elegido tras los comicios de 2015, los militares no aceptaron su derrota en las elecciones posteriores de 2020 y dieron un golpe de Estado en febrero de 2021.

Mientras que las esperanzas de cambio político en Camboya y Myanmar se han desvanecido, los Estados más autoritarios han paralizado toda reforma. Entre 2012 y 2013, Vietnam lanzó la mayor ofensiva en dos décadas contra activistas, líderes religiosos y movimientos de la sociedad civil. En Laos, país que se había abierto gradualmente al mundo desde la década de los noventa, las autoridades han reforzado los mecanismos de control social. Brunei adoptó por su parte la ley islámica (sharía) al reformarse el Código penal en 2014.

Entre los principales países del sureste asiático, sólo Filipinas e Indonesia aparecían como excepciones a esta marcha atrás de la democracia. Pero tras ganar las elecciones de 2016, el presidente Rodrigo Duterte amenazó a las instituciones independientes, persiguió a los medios de comunicación, y se multiplicaron bajo su mandato las anomalías electorales. Desde 1999, Indonesia ha celebrado regularmente elecciones libres, tanto legislativas como presidenciales (estas últimas a partir de 2004), aunque los principales partidos y las instituciones políticas siguen dominados por una misma oligarquía, omnipresente desde la era Suharto; una elite que también mantiene estrechos vínculos con las fuerzas armadas.

¿Cómo puede explicarse este retroceso democrático? Entre la multiplicidad de factores cabe identificar al menos tres circunstancias comunes. En primer lugar, los líderes elegidos popularmente no han mostrado una disposición a crear instituciones sólidas ni a respetar los derechos individuales y de las minorías. Se trata, en la denominación de Kurtlantzick, de «autócratas electos», es decir, líderes que convocan elecciones pero al mismo tiempo erosionan los aspectos constitucionales de la democracia, como la separación de poderes o la protección de las libertades fundamentales.<sup>46</sup> Para este tipo de gobernantes, la democracia es básicamente un medio para justificar su victoria en las urnas. Superado el proceso electoral, tratan de controlar aquellas instituciones destinadas a restringir su poder: tribunales de justicia, medios de comunicación, agencias reguladoras, etc. Una vez sujetas a su influencia, utilizan dichas instituciones como armas contra sus oponentes.<sup>47</sup> El Estado de Derecho y los instrumentos de rendición de cuentas —es decir, los elementos que distinguen a una democracia liberal de los regímenes autoritarios—, brillan por su ausencia en estos sistemas políticos.

En segundo lugar, además del déficit en la construcción de instituciones democráticas, buena parte de estos gobiernos electos han defraudado las expectativas ciudadanas de que la democracia sirviera para cambiar las redes tradicionales de poder y una enraizada cultura de impunidad. La permanencia de las mismas elites, una extendida corrupción, una escasa transparencia gubernamental, y el aumento de la desigualdad pese a un crecimiento económico sostenido, han decepcionado a las sociedades de la región.

Un tercer elemento que debe añadirse a los anteriores es la transformación del escenario internacional. Tras los ataques terroristas del 11/S, la política de Estados Unidos hacia el

sureste asiático cambió, abandonándose el hincapié que se había hecho anteriormente en la promoción de la democracia y la defensa de los derechos humanos. Por otra parte, China se convirtió un nuevo competidor por la influencia internacional. La combinación de ambos hechos iba a facilitar el resurgimiento del autoritarismo en la región.<sup>48</sup>

A medida que las preocupaciones de seguridad adquirieron mayor importancia para Estados Unidos, la administración Bush dio prioridad a la cooperación antiterrorista por encima de cualquier otro asunto.<sup>49</sup> Pese a su intención de diferenciarse de su antecesor, la promoción de la democracia tampoco tuvo especial protagonismo en la estrategia regional de la administración Obama. Es cierto que Washington desempeñó un importante (y discreto) papel con respecto al comienzo de la transición política en Myanmar, y condenó el golpe de Estado de 2014 en Tailandia. Sin embargo, no se pronunció sobre la regresión democrática en Malasia, e ignoró la oleada de represión en Camboya, Laos y Vietnam. Por entonces, la Casa Blanca estaba construyendo una relación estratégica más estrecha con estas mismas naciones.<sup>50</sup> Estados Unidos temía que, en un contexto de creciente competición con China, esta última se convirtiera en la principal beneficiaria de la presión externa a favor de la democratización. Y si dicha presión disminuyó en las presidencias de Bush y de Obama, cesó del todo bajo Donald Trump.<sup>51</sup>

Tras tomar posesión en enero de 2021, Biden volvió a situar la defensa de la democracia en el centro de su política exterior, pero, como le ocurrió a Obama, se ha otorgado mayor prioridad a la necesidad de reforzar las relaciones con aliados y socios en una era de rivalidad con China, sin importar la naturaleza autoritaria de muchos de sus regímenes.<sup>52</sup> Agrava el problema el hecho de que el papel de Estados Unidos es difícilmente sustituible: ni

por los europeos (cuya capacidad de influencia en este terreno es muy limitada como antiguas potencias imperiales); ni por Japón, India o Australia (países que, como Estados Unidos, tampoco quieren propiciar un mayor margen de maniobra de Pekín); ni tampoco por la ASEAN. A pesar de que sus documentos constitutivos reafirman los valores democráticos, la organización opera por consenso, y sus líderes han evitado pronunciarse acerca del retroceso democrático en los Estados miembros.<sup>53</sup>

Mientras tanto, China ha irrumpido con fuerza como alternativa a la democracia liberal. Las guerras en Irak y Afganistán, la crisis financiera global y el auge de los populismos han dañado el atractivo del modelo occidental, proporcionando a la República Popular la oportunidad para promoverse como modelo. Desde finales de la década de los noventa, Pekín ha desarrollado una estrecha relación económica y estratégica con el sureste asiático y, aunque no sea esta una causa directa del declive democrático de la región, los efectos de su influencia resultan innegables.<sup>54</sup> En algunos casos explota las circunstancias internas en los Estados más débiles para crear «relaciones patrón-cliente» (como en Camboya),<sup>55</sup> pero en términos más generales ofrece una fórmula tentadora para aquellos líderes que buscan oportunidades de crecimiento económico sin restricciones ni control a su poder.<sup>56</sup> Sin necesidad de exportar su sistema comunista, China contribuye de este modo a reforzar las tendencias autoritarias o, como mínimo, a obstaculizar una consolidación democrática.<sup>57</sup>

Por resumir, al contrario que en el período inmediatamente posterior al fin de la Guerra Fría, el contexto internacional de los últimos años es menos hostil al autoritarismo. Al desaparecer o mitigarse el coste externo de las prácticas iliberales, los gobernantes de la región carecen de incentivos para favorecer un proceso político competitivo. Se encuentran,

por el contrario, ante las mejores circunstancias posibles para afianzar su posición.

### Conclusión

El sureste asiático ha sido un espacio poco propicio para la democracia. Al tratar de identificar las causas de este hecho, los especialistas se han centrado en los factores y dinámicas nacionales, sin prestar suficiente atención a las variables internacionales. Muchos de los problemas que han condicionado la evolución política de la región después de la Segunda Guerra Mundial están sin duda vinculados al proceso de construcción del Estado en territorios que formaron parte de distintos imperios coloniales, y a las percepciones de las elites locales sobre las amenazas que han afrontado tanto interna como externamente. Siete décadas después de la independencia, algunos de estos Estados aún carecen de un consenso básico sobre la definición de la comunidad nacional. Las divisiones internas relacionadas con la identidad étnica o religiosa, los bajos niveles de cohesión social, los liderazgos de naturaleza personalista, y el predominio de redes oligárquicas y prácticas clientelares sobre reglas e instituciones formales, se encuentran entre las razones que explican la persistencia del autoritarismo.

Pero además de estas características comunes y de las circunstancias específicas de cada Estado, la trayectoria de todos ellos también ha respondido, en mayor o menor medida, a los cambios en el entorno exterior. Sin pretender establecer una relación causal, una tarea que requeriría un trabajo empírico e individualizado más completo, este artículo ha demostrado la existencia de una correlación entre los grandes puntos de inflexión en el desarrollo político de la región y los cambios de ciclo en la estructura y proceso del sistema internacional desde 1945. Para explorar esa interacción se han examinado cuatro etapas sucesivas: los años posteriores a la independencia, la Guerra Fría, las transiciones

que arrancaron a mediados de la década de los ochenta, y el proceso de regresión democrática desde principios de siglo.

Aunque asumida en varias naciones del sureste asiático al acceder a la independencia, la democracia desapareció a partir de la segunda mitad de los años cincuenta. La lucha anticolonial incluía la exigencia de creación de un sistema representativo, cuyo modelo eran las prácticas parlamentarias occidentales. Pero al heredar unos Estados multiétnicos, institucionalmente débiles y con reducidas capacidades, a los gobiernos electos les resultó una tarea casi imposible gestionar los múltiples desafíos internos y externos a que hacían frente. La combinación de nacionalismo, descolonización y Guerra Fría situó a la región en el centro del conflicto entre los dos campos ideológicos, complicando las perspectivas de democratización. La preocupación de los Estados recién creados por su integridad territorial, el apoyo de China a las guerrillas comunistas, y la política de contención de Estados Unidos se tradujeron en el apoyo a modelos políticos no democráticos. La experiencia de los primeros sistemas competitivos tuvo así una breve duración: en Indonesia y en Birmania fueron abandonados en 1957 y en 1962, respectivamente. Con la excepción de los tres Estados de Indochina (Vietnam, Laos y Camboya), un gobierno autoritario en el interior, y una alianza anticomunista con Estados Unidos en el exterior, fueron las dos notas más características de este periodo.

Con la única salvedad de Tailandia entre 1973 y 1976, hasta mediados de la década de los ochenta no existió un solo sistema político en el sureste asiático que cumpliera con unos estándares mínimamente democráticos. Los gobernantes prefirieron la estabilidad y el desarrollo económico antes que la liberalización política. Pero a medida que la región se hizo más próspera y se fue difuminando la lógica de

la Guerra Fría, surgió una creciente presión a favor del cambio político. En 1986, los filipinos se levantaron en una revolución popular que expulsó al presidente Marcos del poder. La presión norteamericana fue también determinante de ese resultado, una vez que la administración Reagan optó por hacer de la promoción de la democracia un objetivo central de la política exterior de Estados Unidos; una orientación que se consolidaría tras el fin del bipolarismo. La quiebra del comunismo soviético, la hegemonía liberal occidental, y la integración en una economía global crearon las circunstancias que empujaron a los líderes locales hacia una mayor apertura.

Después de Filipinas, fue Tailandia el siguiente país en restaurar la democracia en 1992. En 1998, bajo el impacto de la crisis financiera asiática, la movilización ciudadana y la presión internacional, Suharto renunció después de tres décadas en el poder, e Indonesia también comenzó su transición a la democracia. En una región considerada como incompatible con el pluralismo, tres de sus principales naciones habían abrazado la democracia antes de concluir el siglo XX. Los límites eran, con todo, evidentes. A diferencia de lo que ocurrió en Filipinas, y que sirvió de inspiración a otras sociedades vecinas, las protestas en Birmania fueron reprimidas violentamente en 1998. A diferencia de Indonesia, el gobierno de Malasia permaneció en el poder pese a la presión social a favor de las reformas. A esta etapa de (incompleta) transformación política, le sucedería otra —a partir del golpe de Estado de 2006 en Tailandia— de claro retroceso hacia regímenes más autoritarios. Los dirigentes de la región han endurecido desde entonces sus políticas represivas y debilitado los controles y equilibrios institucionales, con el fin de garantizar su monopolio del poder.

Durante la Guerra Fría, ni los imperativos internos ni las condiciones internacionales ofrecieron un entorno favorable a la democra-

tización. Tras la era bipolar, ambas dinámicas proporcionaron, por el contrario, los incentivos para la modernización política. Desde la primera década del siglo XXI, ambas dimensiones han vuelto a convertirse en obstáculos. Las raíces internas del autoritarismo han mostrado su resiliencia, mientras que en la escena internacional han coincidido el debilitamiento del liderazgo de Estados Unidos en la promoción de la democracia; una crisis en las democracias liberales occidentales que ha dañado su atractivo como modelo; y la irrupción, con el ascenso de China, de una nueva alternativa que combina capitalismo e iliberalismo. Como ha resumido Diamond:

Un débil Estado de Derecho ha facilitado la regresión democrática, al permitir a unos gobernantes ambiciosos vaciar de contenido la competición política. Pero los factores internacionales también han sido decisivos, generando tensiones económicas y sociales comunes, a la vez que eliminando

los condicionantes y reduciendo los riesgos a los que hacen frente los autócratas al comenzar o acelerar el deslizamiento hacia el autoritarismo.<sup>58</sup>

Este resumen de los acontecimientos confirmaría la «resistencia» antidemocrática de la región que ya fue diagnosticada por Emerson a mediados de los años noventa.<sup>59</sup> Lo cual no significa, sin embargo, que las autocracias sean garantía de estabilidad. Como las democracias, afrontan problemas de legitimidad y de descontento público que pueden ser fuente de protestas y de tensiones políticas que erosionen la gobernabilidad. Las recurrentes manifestaciones contra los regímenes militares en Tailandia y Birmania, o contra la negativa del gobierno a la realización de reformas en Indonesia o Malasia, son indicación por ello de que, pese a los obstáculos estructurales internos a la democracia y a un contexto internacional escasamente favorable, las sociedades del sudeste asiático aún tienen un futuro político por escribir.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACHARYA, Amitav, «Southeast Asia's Democratic Moment», *Asian Survey*, vol. 39, núm. 3 (1999), pp. 418-443. <https://doi.org/10.2307/3021206>.
- ANDERSON, Benedict, «Cacique Democracy in the Philippines: Origins and Dreams», *New Left Review*, núm. 169 (1988), pp. 3-33.
- ASPINALL, Edward y MIETZNER, Marcus, «Southeast Asia's Troubling Elections: Nondemocratic Pluralism in Indonesia», *Journal of Democracy*, vol. 30, núm. 4 (2019), pp. 104-118. Disponible en <https://www.journalofdemocracy.org/articles/nondemocratic-pluralism-in-indonesia/> [Último acceso 22 febrero 2023].
- BA, Alice D., y BEESON, Mark, eds., *Contemporary Southeast Asia: The Politics of Change, Contestation, and Adaptation*, Palgrave, Londres, 2018.
- BARANY, Zoltan, «Burma: The Generals Strike Back», *Journal of Democracy*, vol. 32, núm. 2 (2021), pp. 22-36.
- BEECH, Hannah, «Myanmar Coup Puts the Seal on Autocracy's Rise in Southeast Asia», *New York Times*, 12 abril 2021. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2021/04/12/world/asia/myanmar-coup-autocracy-democracy.html> [Último acceso 22 febrero 2023].
- BENDA, Harry J., «The Structure of Southeast Asian History: Some Preliminary Observations», *Journal of Southeast Asian History*, vol. 3, núm. 1 (1962), pp. 106-138.
- BURNELL, Peter y SCHLUMBERGER, Oliver, «Promoting democracy – promoting autocracy? International politics and national political regimes», *Contemporary Politics*, vol. 16, núm. 1 (2010), pp. 1-15. <https://doi.org/10.1080/13569771003593805>.
- CASE, William, ed., *Routledge Handbook of Southeast Asian Democratization*, Routledge, Abingdon, 2015.
- CROISSANT, Aurel, «Cambodia in 2018. Requiem for multiparty politics», *Asian Survey*, vol. 59, núm. 1 (2019), pp. 170-76. <https://doi.org/10.1525/as.2019.59.1.170>.
- CROISSANT, Aurel y BÜNTE, Marco (eds.), *The Crisis of Democratic Governance in Southeast Asia*, Palgrave, Londres, 2011.
- DIAMOND, Larry, *Ill Winds: Saving Democracy from Russian Rage, Chinese Ambition, and American Complacency*, Penguin, Nueva York, 2019.
- DIAMOND, Larry, «Democratic regression in comparative perspective: scope, methods, and causes», *Democratization*, vol. 28, núm. 1 (2021), pp. 22-42. Disponible en <https://www.tandfonline.com/doi/epdf/10.1080/13510347.2020.1807517?needAccess=true&role=button> [Último acceso 22 febrero 2023].
- DOSCH, Jörn, «ASEAN's reluctant liberal turn and the thorny road to democracy promotion», *The Pacific Review*, vol. 21, núm. 4 (2008), pp. 527-545. <https://doi.org/10.1080/09512740802294655>.
- DRESSEL, Björn y WESLEY, Michael, «Asian States in Crisis», *Strategic Analysis*, vol. 38, núm. 4 (2014), pp. 449-463. <https://doi.org/10.1080/09700161.2014.918422>.
- DRESSEL, Björn y BONOAN, Cristina Regina, «Southeast Asia's Troubling Elections: Duterte versus the Rule of Law», *Journal of Democracy*, vol. 30, núm. 4 (2019), pp. 134-148.
- EAST-WEST CENTER, «ASEAN Matters for America/America Matters for ASEAN», 2019, p. 8. Disponible en <https://www.usasean.org/sites/default/files/uploads/ewc-5-asean-2021-final.pdf> [Último acceso 22 febrero 2023].
- ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT, *Democracy Index 2021: The China Challenge*, 2021. Disponible en <https://www.eiu.com/n/campaigns/democracy-index-2021/> [Último acceso 22 febrero 2023].
- EMMERSON, Donald K., «Region and recalcitrance: Rethinking democracy through Southeast Asia», *The Pacific Review*, vol. 8, núm. 2 (1995), pp. 223-248. <https://doi.org/10.1080/09512749508719135>.
- EMMERSON, Donald K., «US Policy Themes in Southeast Asia in the 1990s», en WURFEL, David y BURTON, Bruce, eds., *Southeast Asia in the New World Order: The Political Economy of a Dynamic Region*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 1996, pp. 103-127.
- FOA, Roberto Stefan y MOUNK, Yascha, «The Signs of Deconsolidation», *Journal of Democracy*, vol. 28, núm. 1 (2017), pp. 5-16. Disponible en [https://journalofdemocracy.org/wp-content/uploads/2017/01/02\\_28.1\\_Foa-Mounk-pp-5-15.pdf](https://journalofdemocracy.org/wp-content/uploads/2017/01/02_28.1_Foa-Mounk-pp-5-15.pdf) [Último acceso 22 febrero 2023].
- FREEDOM HOUSE, *Freedom in the World 2022: The Global Expansion of Authoritarian Rule*, 2022. Disponible en <https://freedomhouse.org/sites/default/>

- files/2022-02/FIW\_2022\_PDF\_Booklet\_Digital\_Final\_Web.pdf [Último acceso 22 febrero 2023].
- GADDIS, John L., *The Cold War: A New History*, Allen Lane, Londres, 2005.
- GOSCHA, Christopher E. y OSTERMANN, Christian, eds., *Connecting Histories: Decolonization and the Cold War in Southeast Asia, 1945-1962*, Washington: Woodrow Wilson Center Press with Stanford University Press, Washington, 2009.
- GREEN, Michael J. y TWINING, Daniel, «Democracy and American Grand Strategy in Asia: The Realist Principles Behind an Enduring Idealism», *Contemporary Southeast Asia*, vol. 30, núm. 1 (2008), pp. 1-28.
- HANSSON, Eva, HEWISON, Kevin y GLASSMAN, Jim, «Legacies of the Cold War in East and Southeast Asia: An Introduction», *Journal of Contemporary Asia*, vol. 50, núm. 4 (2020), pp. 493-510. Disponible en <https://www.tandfonline.com/doi/epdf/10.1080/00472336.2020.1758955?needAccess=true&role=button> [Último acceso 22 febrero 2023].
- HEGINBOTHAM, Eric, «China's Strategy in Southeast Asia», en EISENMAN, Joshua y HEGINBOTHAM, Eric, eds., *China Steps Out: Beijing's Major Power Engagement with the Developing World*, Routledge, Nueva York, 2018, pp. 47-80.
- HEYDARIAN, Richard J., «The Return of the Marcos Dynasty», *Journal of Democracy*, vol. 33, núm. 3 (2022), pp. 62-76.
- JONES, Matthew, *Conflict and Confrontation in South East Asia, 1961-1965*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- KINGSBURY, Damien, *Politics in Contemporary Southeast Asia: Authority, Democracy and Political Change*, Routledge, Abingdon, 2017.
- KURLANTZICK, Joshua, «Southeast Asia's Regression from Democracy and Its Implications», Council on Foreign Relations Working Paper, 2014. Disponible en <https://www.cfr.org/report/southeast-asias-regression-democracy-and-its-implications> [Último acceso 22 febrero 2023].
- KURLANTZICK, Joshua, «The Pivot in Southeast Asia: Balancing Interests and Values», Council on Foreign Relations Working Paper, 2015. Disponible en [https://cdn.cfr.org/sites/default/files/pdf/2015/01/Pivot\\_Southeast\\_Asia\\_Paper.pdf](https://cdn.cfr.org/sites/default/files/pdf/2015/01/Pivot_Southeast_Asia_Paper.pdf) [Último acceso 22 febrero 2023].
- KURLANTZICK, Joshua, «Southeast Asia's Democratic Decline in the America First Era», Council on Foreign Relations, 27 octubre 2017. Disponible en <https://www.cfr.org/expert-brief/southeast-asias-democratic-decline-america-first-era> [Último acceso 22 febrero 2023].
- KURLANTZICK, Joshua, «Southeast Asia's democracy woes accelerate», *Japan Times*, 27 junio 2021. Disponible en <https://www.japantimes.co.jp/opinion/2021/06/27/commentary/world-commentary/southeast-asia-democracy-woes-accelerate/> [Último acceso 22 febrero 2023].
- LEMIÈRE, Sophie, «Democratization on hold in Malaysia», The Brookings Institution, 22 enero 2021. Disponible en <https://www.brookings.edu/articles/democratization-on-hold-in-malaysia/> [Último acceso 22 febrero 2023].
- LEMIÈRE, Sophie, «The (Final) Rise of Anwar Ibrahim», *Journal of Democracy*, diciembre 2022. Disponible en <https://www.journalofdemocracy.org/the-final-rise-of-anwar-ibrahim/> [Último acceso 22 febrero 2023].
- LEVITSKY, Steven y ZIBLATT, Daniel, *How Democracies Die*, Crown Books, Nueva York, 2018.
- LEVITSKY, Steven y WAY, Lucan A., «The New Competitive Authoritarianism», *Journal of Democracy*, vol. 31, núm. 1 (2020), pp. 51-65.
- LINZ, Juan J. y STEPAN, Alfred C., «Toward Consolidated Democracies», *Journal of Democracy*, vol. 7, núm. 2 (1996), pp. 14-33.
- LOVELL, Julia, *Maoism: A Global History*, Bodley Head, Londres, 2019.
- MYERS, Lucas, «When U.S. Democracy Promotion Hit a Wall», *Asia Dispatches*, 17 agosto 2021. Disponible en <https://www.wilsoncenter.org/blog-post/when-us-democracy-promotion-hits-wall> [Último acceso 22 febrero 2023].
- NATHAN, Andrew J., «China's Challenge», en DIAMOND, Larry, PLATTNER, Marc F. y WALKER, Christopher 8 (eds.), *Authoritarianism Goes Global: The Challenge to Democracy*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2019, pp. 23-39.
- NEHER, Clark D. y MARLAY, Ross, *Democracy and Development in Southeast Asia: The Winds of Change*, Routledge, Nueva York, 1995.
- OSBORNE, Milton, *Southeast Asia: An Introductory*

- History*, Allen and Unwin, Sidney, 12th edition, 2016.
- PRZEWORSKI, Adam, *Crises of Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2019.
- REILLY, Benjamin, «Southeast Asia: In the Shadow of China», *Journal of Democracy*, vol. 24, núm. 1 (2013), pp. 156-164.
- RICKS, Jacob I., «Thailand's 2019 Vote: The General's Election», *Pacific Affairs*, vol. 92, núm. 3 (2019), pp. 443-457. doi: 10.5509/2019923443
- ROWEN, Henry S., ed., *Behind East Asian Growth: The Political and Social Foundations of Prosperity*, Londres: Routledge, Londres, 1998.
- SCALAPINO, Robert, *The Politics of Development. Perspectives on Twentieth Century Asia*, Harvard University Press, Cambridge, 1989.
- SHULTZ, George P., *Turmoil and Triumph: My Years as Secretary of State*, Scribner's, Nueva York, 1993.
- SLATER, Dan, *Ordering Power: Contentious Politics and Authoritarian Leviathans in Southeast Asia*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010.
- SLATER, Dan, «Dark days for democracy in Southeast Asia», *East Asia Forum Quarterly*, vol. 9, núm. 4 (2017), pp. 17-20.
- SLATER, Dan, «Southeast Asian Ruling Parties Pose a Problem for Biden's Democracy Agenda», *The National Interest*, 19 septiembre 2021. Disponible en <https://nationalinterest.org/print/feature/southeast-asian-ruling-parties-pose-problem-biden-s-democracy-agenda-193914> [Último acceso 22 febrero 2023]
- SPECTOR, Ronald H., *A Continent Erupts: Decolonization, Civil War, and Massacre in Postwar Asia, 1945-1955*, W.W. Norton, Nueva York, 2022.
- STRANGIO, Sebastian, *In the Dragon's Shadow: Southeast Asia in the Chinese Century*, Yale University Press, New Haven, 2020.
- STROMSETH, Jonathan y MARSTON, Hunter, «Democracy at a crossroads in Southeast Asia: Great power rivalry meets domestic governance», The Brookings Institution, 2019. Disponible en [https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2019/02/FP\\_20190226\\_southeast\\_asia\\_stromseth\\_marston.pdf](https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2019/02/FP_20190226_southeast_asia_stromseth_marston.pdf) [Último acceso 22 febrero 2023]
- US-ASEAN BUSINESS COUNCIL, «Growth Projections», 29 julio 2019. Disponible en <https://www.usasean.org/why-asean/growth> [Último acceso 22 febrero 2023]
- VATIKIOTIS, Michael, *Political Change in Southeast Asia: Trimming the Banyan Tree*, Routledge, Abingdon, 1996.
- VATIKIOTIS, Michael, *Blood and Silk: Power and Conflict in Modern Southeast Asia*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2017.
- VON DER MEHDEN, Fred R., *South-East Asia, 1930-1970: The Legacy of Colonialism and Nationalism*, W.W. Norton, Nueva York, 1974.
- WHITE HOUSE, «A National Security Strategy for a New Century», 1999. Disponible en <https://clintonwhitehouse4.archives.gov/media/pdf/nssr-1299.pdf> [Último acceso 22 febrero 2023]

## NOTAS

- <sup>1</sup> Freedom House, 2022; véase asimismo Economist Intelligence Unit, 2021.
- <sup>2</sup> Diamond *et al.*, 2016; Levitsky y Ziblatt, 2018; Przeworski, 2019.
- <sup>3</sup> Integran la región los diez Estados miembros de la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (ASEAN) más Timor-Leste.
- <sup>4</sup> Slater, 2017; Beech, 2021; Kurlantzick, 2021.
- <sup>5</sup> Ricks, 2019.
- <sup>6</sup> Lemièrre, 2021; Lemièrre, 2022.
- <sup>7</sup> Dressel y Bonoan, 2019.
- <sup>8</sup> Heydarian, 2022.
- <sup>9</sup> Barany, 2021.
- <sup>10</sup> Aspinall y Mietzner, 2019.
- <sup>11</sup> El último informe de Freedom House (2022) recoge a Timor-Leste como el único Estado «libre» en la región. Del resto, cuatro aparecen clasificados como «parcialmente libres» (Indonesia, Malasia, Filipinas y Singapur), y cinco como «no libres» (Brunei, Camboya, Laos, Myanmar, Tailandia y Vietnam).
- <sup>12</sup> Linz y Stepan, 1996, pp. 15-16, definieron como «transición democrática» la primera etapa de democratización, es decir, cuando los actores intentan llegar a un acuerdo sobre la libre elección de un gobierno. La «consolidación democrática» implica «un régimen político en el que la democracia, como un complejo sistema de instituciones, reglas, incentivos y desincentivos, se ha con-

- vertido, en una frase, en 'the only game in town', es decir, en la única opción posible.
- <sup>13</sup> Véase entre otros, Slater, 2010; Croissant y Bünthe, 2011; Ba y Beeson, 2018.
- <sup>14</sup> Puede encontrarse un completo resumen en Case, 2015. Véase asimismo Vatikiotis, 2017.
- <sup>15</sup> Para una aproximación teórica sobre el nexo entre factores internacionales y procesos de democratización, véase Burnell y Schlumberger, 2010.
- <sup>16</sup> US-ASEAN Business Council, 2019.
- <sup>17</sup> East-West Center, 2019.
- <sup>18</sup> Dressel y Wesley, 2014, p. 449.
- <sup>19</sup> Osborne, 2016, pp. 70-92.
- <sup>20</sup> Utilizaremos la denominación de Birmania hasta 1989, fecha en que la junta militar la sustituyó oficialmente por Myanmar.
- <sup>21</sup> Debe recordarse que, junto a la península coreana, el sureste asiático fue la región más violenta del planeta en la década posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial (véase Spector, 2022).
- <sup>22</sup> Kingsbury, 2017, p. 13.
- <sup>23</sup> Benda, 1962.
- <sup>24</sup> Von der Mehden, 1974, pp. 7-38.
- <sup>25</sup> Vatikiotis, 1996, p. 36. Para un tratamiento en mayor detalle de los desafíos que debían atender los nuevos Estados asiáticos, véase Scalapino, 1989.
- <sup>26</sup> Osborne, 2016, p. 250.
- <sup>27</sup> Dressel y Wesley, 2014, p. 453.
- <sup>28</sup> Goscha y Ostermann, 2009; Jones, 2002.
- <sup>29</sup> Lovell, 2019, capítulos 5 y 7.
- <sup>30</sup> Gaddis, 2005, p. 123.
- <sup>31</sup> Hansson *et al.*, 2020, p. 495.
- <sup>32</sup> Anderson, 1988.
- <sup>33</sup> Slater, 2017, p. 18.
- <sup>34</sup> Acharya, 1999, p. 423.
- <sup>35</sup> Hewison, 1999, p. 239.
- <sup>36</sup> *Ibid.*
- <sup>37</sup> Neher y Marlay, 1995.
- <sup>38</sup> La fragilidad del acuerdo de gobierno resultante terminó, sin embargo, en un golpe militar en 1997, tras el cual el Partido Popular de Camboya se consolidó en el poder bajo el liderazgo de Hun Sen, todavía hoy en el poder.
- <sup>39</sup> Huntington, 1991.
- <sup>40</sup> Shultz, 1993, pp. 623-641. El respaldo de Estados Unidos sería también decisivo para mantener a la presidenta Cory Aquino en el poder pese a los repetidos intentos de golpe de Estado: Acharya, 1999, p. 423.
- <sup>41</sup> White House, 1999.
- <sup>42</sup> Emerson, 1996.
- <sup>43</sup> Diamond, 2019, p. 45.
- <sup>44</sup> Levitsky y Way, 2020, p. 52.
- <sup>45</sup> Acharya, 1999, p. 420.
- <sup>46</sup> Kurtlantzick, 2014, p. 14.
- <sup>47</sup> Foa y Mounk, 2017.
- <sup>48</sup> Diamond, 2019, pp. 45-47; Levitsky y Way, 2020, pp. 53-55.
- <sup>49</sup> Green y Twining, 2008.
- <sup>50</sup> Kurlantzick, 2015.
- <sup>51</sup> Kurlantzick, 2017.
- <sup>52</sup> Slater, 2021; Myers, 2021.
- <sup>53</sup> Dosch, 2008.
- <sup>54</sup> Hiebert, 2020; Strangio, 2020.
- <sup>55</sup> Heginbotham, 2018, p. 55.
- <sup>56</sup> Stromseth y Marston, 2019, p. 3.
- <sup>57</sup> Reilly, 2013; Nathan, 2016.
- <sup>58</sup> Diamond, 2021, p. 22.
- <sup>59</sup> Emerson, 1995.